

# UNA EXPEDICIÓN AL CHACO PARAGUAYO EN 1877

por el Académico DR. JORGE MAYER

Al terminar la guerra del Paraguay el 1° de mayo de 1870 con la muerte del general Solano López en Aquidaban, los ejércitos quedaron liberados para emprender nuevas aventuras de descubrimientos y colonizaciones.

Luego de tantos sacrificios buscaron campos más fecundos para el progreso de esas regiones, primeramente abandonadas en manos de los indios y luego devastadas por el estruendo de la guerra.

Unos años antes un comandante de artillería y oficial ingeniero Francisco Wisner de Morgenstern, del ejército paraguayo, informó a sus superiores, que en una expedición que había realizado en el año 1854 a los cerros de Maracayú, para levantar unos mapas, encontró en la ladera de la sierra un conglomerado de cascalho con un ancho de 25 mts. y 2,50 mts. de espesor. Al proceder al lavado de 18 libras de esos materiales había obtenido una onza de oro y unos pequeños brillantes y calculaba que con 20 peones podía extraer de 20 a 50 onzas diarias. Entusiasmado comenzó a buscar ayudantes y socios para una empresa que prometía ganancias miríficas.

Los descubrimientos de los yacimientos de oro en la California y sus fabulosas riquezas habían impresionado vivamente a los exploradores y mineros y muchos soñaban con descubrir yacimientos semejantes en las sierras sudamericanas.

El lugar era remoto, al noroeste de la Asunción; el paso preferible era el de Nanducaray a 7 leguas de Igatimi, 13

leguas con Curuguaty y 43 leguas por Santa Mi, cerca del fortín de San Francisco.

Bajo la presidencia de don Juan B. Gil, el Congreso paraguayo, por ley del 8 de junio de 1877, otorgó a los señores Mauricio Mayer y Lucio V. Mansilla, asociados al coronel Wisner, una concesión para la exploración de las serranías de Maracayú y Amambay y la explotación de toda clase de minerales, cristales y piedras preciosas.

La concesión tenía un plazo de 25 años; los concesionarios debían entregar al gobierno paraguayo en la ciudad de Asunción el 5 % del producto bruto, minerales, cristales y piedras preciosas que encontrasen, como toda contribución.

Podían introducir además todas las maquinarias y herramientas necesarias para llevar a cabo la empresa libres de derechos de aduana y se comprometían a suministrar al gobierno un plano topográfico del viaje, marcando en él los minerales, cristales o piedras preciosas que hallasen. Aquellas minas que no estuviesen en explotación en el plazo de 7 años, así como las que hubiesen sido abandonadas, podían ser concedidas a otras empresas.

Las tierras que comprendía la concesión estaban situadas entre el río Apa y el río Paraguay, frente al Mato Grosso, rodeadas por las localidades de Concepción y el Salto del Guayrá, a los 22°10' y 24°20' de latitud y de 57 a 58 de longitud, con una extensión de 90 leguas geográficas.

Estas tierras formaban la continuación de los cerros denominados Gran Mogo y Espinazo en la provincia brasileña de Minas Geraes y se suponía que debían contener los mismos depósitos de cascalho, o materiales preciosos que generalmente encierran oro y diamantes.

El 8 de enero de 1877 el presidente Gil recomendó a las autoridades que prestaran todos los auxilios posibles a la expedición en su trayecto.

La organización de la expedición exploradora fue engorrosa; se hizo indispensable realizar gastos de consideración para atravesar en un clima asfixiante grandes espacios desiertos, pantanos, bosques enmarañados y arrastrar carretas, peones, animales, víveres y herramientas.

Las tierras casi desiertas estaban apenas pobladas por las tribus de guayaquis y cainguas, que llevaban el labio inferior taladrado.

La exploración inicial fue dirigida por Mauricio Mayer, Lucio V. Mansilla, el coronel Francisco Wisner de Morgenstern y Federico Scherff a cargo de la parte técnica, dos hijos del coronel Wisner y 10 personas más, entre ellas un mayordomo de peones.

En tres carretas con 30 bueyes de dotación llevaban tiendas de campaña, armas, instrumentos, herramientas, víveres secos para 4 meses, 30 caballos y 20 reses vacunas para el consumo.

El viaje fue difícil: en tierras arenosas las huellas se habían borrado, las aguas de las lluvias habían excavado los barrancos, la vegetación tropical había cerrado las picadas. Debieron avanzar rodeando las barreras naturales, rellenar las zanjas para que pudieran cruzar las carretas y abrir nuevas picadas hasta 27 leguas en la selva con la ayuda de los indios.

Sólo después de tres meses pudieron acampar en Igitimi, cerca del río Jejuy, un afluente del río Paraná. Los víveres empezaron a escasear; luego de una rápida excursión en la zona de la Concepción les fue forzoso regresar para concluir las diligencias pendientes, consolidar los derechos de la concesión y preparar una explotación formal.

El volumen que tomaba la expedición y la importancia de las explotaciones llevó a los exploradores al convencimiento de que era indispensable organizar una sociedad para acometer los trabajos e interesar particularmente a los capitalistas paraguayos.

La "Sociedad Anónima de Minerales en las Serranías de Amambay y Maracayú", se constituyó en el hotel de La Paz el 15 de julio de 1877 con un capital de 200 mil pesos. Los estatutos fueron aprobados por el gobierno porteño con la firma del gobernador Carlos Casares y su ministro Vicente G. Quesada y por el gobierno paraguayo el 12 de julio de 1877 e inscriptos en la escribanía de gobierno.

Fueron sus primeros accionistas Alfredo Nestler, Antonio Arnassi, Antonio Marechal, Adolfo Obregón, Antonio Mesa, Benjamín Zorrilla, Belindo Soaje, Bernardo Iturraspe, Benito Wehely, Carlos A. D'Amico, Carlos Llambí, Carlos A. Mansilla, David Argüello, Edmundo Desplanque, Eduardo Wilde, Enrique Peña, Federico Woodgate, Francisco Cordero, Federico Benelisse, Gregorio Gastaldi, Guillermo Woodgate, D. H. Quinche, Ignacio Firmat, Juan B. Godoy, Juan P. Lynch, Juan Laborde, Leonidas Echa-güe, Lorenzo B. Trant, Lisandro Olmos, Lucio V. Mansi-

lla, Luis D. Chapeaurouge, Mauricio Mayer, Miguel G. Fernández, M. Monasterio, Narciso Parpache, Prudencio Rozas (hijo), Prudencio Dupont, Prudencio Rosas, Pablo Tarnassi, R. Videla, Santiago y Tomás Nocetti y Trinidad S. Osuna.

La sociedad llegó a contar con 800 accionistas, entre otros Jacinto Aráoz, Carlos Alurralde, Nicolás Avellaneda, Alejo Arozena, Adolfo Alsina, Mariano Acosta, Marcos Avellaneda, Lorenzo Balcarce, Cándido Barbeiro, Ildefonso Benegas, Carlos Casares, Francisco Cordero, Miguel Cané, José S., Juan Francisco y Adolfo Decoud, Victorino de la Plaza, Samuel B. Hale, Francisco López Lecube, Carlos P. Lund, Enrique Lanusse, Edelmiro Mayer, Agustina Mansilla, Ildefonso y Francisco Machain, Miguel Navarro Viola, Carlos Pellegrini, Adán Pearson, Julio Pueyrredón, Dardo Rocha, José Ruiz Moreno, Carlos Saguier, Pedro Uriburu, Marcelino Ugarte, Benjamín Victorica, Rufino Varela, Benjamín Zorrilla.

El primer directorio estuvo formado por Alejo Arozena, como presidente, Bernardo de Iturraspe, vicepresidente, Federico Woodgate, Prudencio Dupont, Ignacio Firmat y Santiago Nocetti vocales y Lucio V. Mansilla de gerente.

El 1° de agosto de 1877 el coronel Francisco Wisner de Morgenstern inició la segunda expedición. Se embarcó en Buenos Aires con los principales técnicos en el vapor Venezia de la firma Brugo y desembarcó en la Asunción el 9 de agosto de 1877. La empresa del ferrocarril perteneciente a la sociedad Travassos y Cía. les facilitó uno de los grandes salones de la estación y allí se alojaron los empleados superiores y los peones. La carga fue embarcada en 5 chatas y 13 carretas con elementos de trabajo y medios de subsistencia para 9 meses, más 600 cabezas de ganado en pie. Se esperaba que una vez explorado el río Jejuy en toda su extensión se podría abrir una vía de comunicación directamente desde las minas hasta el puerto de Buenos Aires.

La expedición contaba con 86 hombres y 20 mujeres. La marcha se inició el 26 de agosto y el 29 llegó cerca de Tobaty. El cruce de 8 leguas de estero, que formaba el principal obstáculo, exigió 10 días de trabajo.

Las condiciones de vida eran difícilísimas: la alimentación se reducía a galleta, carne y arroz, el calor pasaba de 38° a la sombra, llovía constantemente y las chozas de enramadas apenas protegían de los aguaceros y de los insectos.

tos. El chucho y las fiebres torturaban al personal de la expedición. El 14 de septiembre la expedición llegó a San Estanislao, en cuyo punto se enfermó el coronel Wisner y debió bajar para asistirse en la Asunción.

Se instaló el centro de operaciones sobre el arroyo Iगतimi. Los primeros trabajos debían consistir en la construcción de una represa en el arroyo Bolascue, que corría de sur a norte, por la falda de la sierra de Maracayú, en un terreno de cascajo supuestamente aurífero, cubierto de vegetación, que se extendía de 15 a 20 metros al oeste y de 4 a 5 del lado de dicha sierra con una profundidad de 1 metro y medio.

Este arroyo era el mismo donde el coronel Wisner había descubierto por primera vez trazas de oro en 1854 y luego en marzo de 1877. El objeto de la represa era elevar las aguas del arroyo a una altura de 20 pies, es decir unos 15 pies más alto que el cascajo a fin de producir una caída de cantidad y fuerza suficientes para lavar una gran cantidad de las tierras auríferas con poco gasto.

Los medios de extracción eran rudimentarios, ya fuera por bateas, el cradler, el Long Tom y el hidráulic sliciling.

Antes de construir la represa los expedicionarios comenzaron por buscar las vetas de oro creyendo poder obtenerlo en los riachos sin hacer el lavado de las tierras en grandes volúmenes, pero sólo encontraron chispas de oro dispersas a grandes distancias y supusieron que no existían los materiales auríferos en cantidad suficiente para una explotación comercial. Creyeron que se habían dejado ilusionar por el relato del coronel Wisner y los más precavidos resolvieron abandonar la empresa y regresar a la Asunción.

Pero a instancias del coronel Wisner, que no quería darse por vencido, se resolvió organizar una tercera expedición a las serranías de Maracayú. El directorio de Buenos Aires estuvo conforme en emprender otra tentativa y estudió y aprobó el presupuesto. La nueva expedición salió de la Asunción el 31 de diciembre; se enviaron cuatro chatas por el río Corrientes y otra por Iगतimi, porque las lluvias dificultaban el tránsito por tierra. Llegó a San Estanislao el 6 de enero de 1878 y esperaba iniciar el lavado del cascajo en gran escala en el mes de mayo.

Eduardo Dimet era el representante del directorio y los accionistas, Felipe Wileman el ingeniero, Adolfo Capion un técnico y Juan B. Godoy el cajero.

El coronel Mansilla pidió a Buenos Aires que se le enviara agua regia y otros ácidos para ensayar metales y una piedra de toque con la indicación correspondiente al punto que cada metal debía producir, un mortero, papel para planos, mercurio, ácido nítrico, dos planchas de cobre, un teodolito, microscopios, machetes, clavos, hachas, azadas, barretas, 50 Remington para la defensa del campamento y además un organito, acordeones, juegos de chaquete y dominó para entretener al personal, un libro de Simonin sobre el oro y un volumen de Cayo Sempronio todo con recuerdos para D'Amico y luego, si fuera posible, un vaporcito de 12 varas de largo por 4 de ancho.

El trabajo era sumamente difícil: había que averiguar si los depósitos de minerales se tendían en valles separados o si estaban comprendidos en una sola cuenca, así como la extensión posible del depósito, el espesor y el ancho y la ley de su riqueza.

Las tierras metalíferas se extraían por los peones en bateas con el agua hasta la rodilla, pero las lluvias rellenaban las zanjas y los pozos. En todo el mes de abril no dejó de llover un solo día y el personal se enfermaba de chucho.

El estado de salud era deplorable: la mayor parte de los expedicionarios se enfermaron y muchos morían. El coronel Mansilla y Godoy se enfermaron y debieron bajar hasta Rosario para reponerse. Adolfo Capion murió en el mes de febrero de 1878. El único médico era Cándido Teller que trataba a los enfermos con aceite castor y quinina cuando se conseguía.

Wileman escribió que había encontrado rastros de oro, platino y hierro en el arroyo Jeju y en el Jeju Miní, noticias que reanimaron las esperanzas.

Era evidente que la expedición carecía de medios técnicos para llenar su cometido. La explotación era difícil, la localización de los yacimientos en extensiones tan vastas era ardua, se necesitaban fondos considerables para pagar al personal y los alimentos y los accionistas de Buenos Aires estaban impacientes porque creían que recibirían sacas de oro en poco tiempo.

Se consultó a diversos especialistas. Domingo de Oro aconsejó que ante el inconveniente de la extensión de las tierras concedidas se levantara un plano topográfico para elegir las mejores y se arrendara las demás a otros mineros. También se consultó al doctor Luis Braquenbush,

catedrático de Mineralogía en la Universidad de Córdoba, que expidió un dictamen favorable el 23 de junio de 1877; el 26 de junio a Juan J. Kyle, profesor de Química del Colegio Nacional de Buenos Aires y al ingeniero de minas Francisco San Román, que de lejos y teóricamente también se pronunciaron favorablemente.

Pero los informes eran contradictorios: el ingeniero Felipe Wileman sostenía que sólo se encontraban chispas de oro que no daban más de 2 onzas por cajón arrastradas por las crecientes de los arroyos y de origen desconocido, cuando se necesitaba por lo menos extraer 100 gramos para lograr un rendimiento rentable. Los pozos practicados bajo la dirección de Eduardo Dimet en las orillas del arroyo Jeyuy sólo produjeron marmalla.

Las condiciones de vida con 38 grados de calor a la sombra, los insectos, las lluvias, una alimentación deficiente eran penosísimas; la mitad de los peones estaban continuamente postrados.

El coronel Mansilla creía todavía que las arenas de aluvión en la zanja Soro contenía oro y pidió a Buenos Aires una perforadora con cuatro barrenos para sondear hasta 40 metros.

Algunos de los expedicionarios estaban desalentados y daban la expedición por fracasada. Pero el coronel Wisner quería que se cumplieran los trabajos, hasta que sucumbió, víctima también de la fiebre, el 29 de abril de 1878. El coronel Mansilla en el informe del 1º de diciembre insistió también en la existencia del oro, pero que era necesario contratar ingenieros especializados y un instrumental más moderno para extraerlo.

Eduardo Morice le advirtió al coronel Mansilla desde Bolascua, el 20 de julio de 1878, que era inútil continuar los trabajos ya que no se encontraban filones de oro en cantidades comerciales. H. C. Edwards y George Brosten le confirmaron que no encontraban materiales auríferos explotables.

La expedición se dio por terminada. El sueño se había disipado: el Paraguay no sería una nueva California.